



Portada de Extra Voz.

Extra Voz: llega la hora del despegue de los aeropuertos

A CORUÑA / LA VOZ

Peinador, Lavacolla y Alvedro se reinventan con nuevos destinos a los que volar este verano y proyectos para consolidar su futuro. Con la llegada de las vacaciones, además, los aeropuertos gallegos entran en la época del año de mayor actividad. Extra Voz se acercó a nuestros aeródromos para charlar y retratar a los personajes que dibujan su día a día.

La revista, además, ofrece una amplia información del mundo del motor, tanto de coches como de motos; y su habitual crónica social.

Neverland se vende: 100 millones

El rancho de Michael Jackson ya no tiene zoo ni parque de atracciones

MARÍA PIÑEIRO
REDACCIÓN / LA VOZ

Sycamore Valley Ranch está en venta. Pero el nombre, que es el original de la finca, no le dice nada al público, porque para varias generaciones este espacio de 1.300 hectáreas en Santa Bárbara (California), a dos horas de Los Ángeles, siempre será Neverland, el paraíso donde se perdió Michael Jackson. Los actuales dueños del complejo, la firma de inversiones Colony Capital, se lo quedaron para afrontar la deuda que había contraído el cantante, y supuestamente invirtieron una millonada (sobre 45 millones de euros) para ponerlo a punto en el mercado y borrar las referencias a un episodio juzgado pero nunca resuelto: los abusos sexuales a menores de los que se acusaba al cantante y que no llegaron a airearse por un acuerdo extrajudicial.

La inmobiliaria que lleva la venta de este espacio, nada menos que Sotheby's, pide 100 millones de dólares por él según *The Wall Street Journal*, y no escatima en datos para justificar su elevado precio: Sycamore está formado por 22 estructuras, de las que destacan dos casas de in-



La mansión principal mide 1.100 metros cuadrados y está en el corazón de la finca. EFE

vitados —de dos y cuatro habitaciones— una cabaña, piscina, pista de tenis, cancha de baloncesto, dos lagos y, por supuesto, la mansión principal. Situada en el corazón de la finca, a 1,5 kilómetros de la entrada, es de estilo pseudonormando (algunos lo califican de victoriano), y en sus 1.100 metros cuadrados hay seis habitaciones (estancias de servicio aparte), una sala para ensayar baile, un cine de 50 buta-

cas (con un escenario con trampillas, habilitado para hacer magia), una amplia bodega y hasta una habitación secreta.

Jackson no murió allí

La propiedad mantiene el reloj floral que decora desde antes de Jackson los pies de la mansión, y también el tren con su estación. Lo que se ha retirado, tal vez para evitar recuerdos desagradables, es el zoológico —había des-

de leones a elefantes— y el mini parque de atracciones que el autor de *Thriller* mandó instalar.

Está claro el objetivo de evitar la visita de los fans del rey del pop, una de las obsesiones de los vendedores. Recuerdan que allí no murió Jackson, que tras su detención en el 2003 decidió —dos años más tarde— abandonar Neverland porque, decía, su paraíso había sido «violado» durante aquel proceso judicial.

EL ZAGUÁN DEL SÁBADO Doktor Pseudonimus

Lección y disfrute en la universidad (II)

«En la docencia todo lo que no es erotismo, es burocracia». M. Sánchez Salorio

«Se nota que unos disfrutaban dando clase y otros no». Ese era el distinguo con el que, en el último Zaguán, un alumno de primer curso diferenciaba a los buenos de los malos profesores. Y de ahí saltaba inevitable la pregunta: ¿En qué consiste, de dónde le viene a la lección esa posibilidad de ser disfrutada? Me van a permitir recurrir a la experiencia personal. Entorno los ojos y miro hacia adentro y hacia atrás. Tan atrás que por los pliegues de la memoria emerge enero de 1948. Segundo curso de carrera. Entre unas cosas y otras llevábamos ya casi año y medio instalados en la Edad Media. Todos los días en el aula una hora de Anatomía Descriptiva casi como la había dejado Andrea Vesalio. Y después, también todos los días, otra hora disecando los brazos, piernas y cabezas que a primera hora de la mañana un solícito bedel trasladaba desde las oscuridades del depósito de cadáveres al mármol impoluto de las mesas de técnica anatómica. Pero al volver de Navidad, el panorama cambió de repente. Recién estrenado catedrático apareció Ramón Domínguez. Venía de Madrid y aún no había cumplido treinta años. Era flaco, nervioso y patilargo. También era, según decían, hijo de un catedrático de latín. Llegaba a

clase siempre puntual. Subía a la tarima y se sentaba informal sobre la gran mesa que presidía el aula. Fumaba sin parar mientras explicaba y, gran novedad, nos preguntaba sobre lo que acababa de decirnos. Pero no solo explicaba con palabras. Movía las manos con una expresividad solo comparable a las de Marcelo Mastroianni. Nunca le vi proyectar una diapositiva. De vez en cuando cogía una tiza y se iba al encerado. Explicaba fisiología, la ciencia de la vida. Frente a la quietud de la anatomía allí todo se movía. Al oírlo veíamos circular la sangre, latir el corazón, excitarse las neuronas. Y a la hipótesis dirigiendo y controlando la tempestad de las hormonas. Pero sobre todo lo veíamos a él. Veíamos, sin darnos cuenta, a una inteligencia en movimiento. En el fondo, el espectáculo, era él. La seducción funcionó a tope. Las dos alumnas que había en mi curso se enamoraron de don Ramón. Y fuimos muchos los que, acaso sin saberlo, nos dijimos: yo quiero ser como ese señor.

El «caso clínico» queda expuesto ahí para que cada uno pueda deducir lo que le plazca. Pero quien durante mucho tiempo ha disfrutado dando o recibiendo lecciones magistrales se resiste a poner sin más punto final. ¿Qué es lo que hay dentro de la gran lección para que resulte seductora? Ahí les va una hipótesis.

Para resultar «interesante» la lección ha de ser construida tal como la preceptiva aristotélica exigía para la obra teatral: exposición, nudo y desenlace. A partir de unos datos en sí mismos confusos, el atrevimiento de las hipótesis y la eficacia de los métodos van haciendo surgir una evidencia. Ese movimiento, ese vaivén entre dudas y certezas constituye el *pathos* de la lección. Lo que le mete un no sé qué de drama y espectáculo.

Y ¿qué tiene todo esto que ver con el erotismo? Pues resulta que nadie disfruta exponiendo ese *pathos* personal a las paredes de un aula desierta. Hace falta el otro, los otros. De algún modo el verdade-

ro docente padece esa «sed de otredad» tan bellamente descrita por Octavio Paz en los amantes. Porque sucede que la palabra de quien habla en la lección no solo abre ojos y oídos en quien la escucha. Penetra y transforma. Empreña. Ya Montaigne nos dijo que el alumno no es una botella vacía que llenar sino un fuego que encender. Eros es el dios de la curiosidad y de la comunicación «caliente». De las lecciones no decimos que sean algo que se «dice» sino algo que se «da». Erotismo se usa aquí como metáfora de esa donación. Pero sin olvidar que lo que entre sí se dieron Sócrates y Alcibiades, Abelardo y Eloísa, Heidegger y Hanna Arendt dista mucho de haber sido solo una metáfora. Fue un incendio.

Quizás algún lector preguntará: si las cosas son así ¿por qué la lección magistral es hoy un género casi unánimemente desahuciado? Le contestaré trayendo aquí un comentario de Ramon Trías Fargas: «Yo tenía un profesor en América que me dijo 'las lecciones magistrales tienen que acabarse'. Y yo le contesté 'claro es mejor un seminario'. Y él me aclaró: 'No es eso. Es que uno no puede dar lecciones magistrales todos los días'.

Algo sencillo y evidente como al parecer, difícil de entender por los «expertos».



ILUSTRACIÓN PILAR CANICOBA